

# VÍSPERAS DE JERUSALÉN

ADOLFO CASTAÑÓN



Para Enrique Krauze

Llevo el libro de *Viaje a Tierra Santa* del danés Jøhanes Jörgensen —uno de los escasísimos autores practicados por Maqroll. Jerusalén, la ciudad donde se encuentra el Santo Sepulcro —santo por vacío, santa por la tumba desierta del que negó la muerte— es, como dice el biógrafo de Asis, una ciudad decepcionante: estrecha, oscura, abigarrada, aquí sucia, allá en obras. Dice Jörgensen: "Aquí no hay nada que hable a nuestros sentidos; el viejo Adán no experimenta aquí otra cosa que desilusión." Yo recuerdo una ciudadela seca donde conviven fieles de tres religiones —musulmanes, judíos y cristianos— y casi diría cuatro variantes de una misma fe, pues los cristianos son aquí ortodoxos y católicos —dos maderos que hacen cruz.

Recuerdos de Yom Kippur, en Jerusalén, allá por 1973: una capital de Medio Oriente donde, intramuros, junto a los palestinos ociosos y las tiendas armenias de chucherías, pasaban, ángeles exterminadores, los soldados israelíes, rifles automáticos y metralletas con reflector, perros adiestrados para sentir la pólvora y mujeres drusas armadas hasta los dientes para vigilar la Puerta de Damasco. Sí, hay que ver Jerusalén con los ojos de la fe; la tierra prometida es un lugar inhóspito, la sede de un sepulcro memorable porque está vacío. Aquí la historia, aquí el principio del fin, aquí la resurrección, aquí el éxodo, aquí la ciudad gozosa de David y la abominable de Ezequiel, el Templo de Salomón y las ruinas del templo de Salomón, aquí las cruzadas, aquí los franciscanos, y el puchero de San Francisco, aquí el Mesías, aquí el olor tenaz de la promesa postergada, aquí la cita del Fin. Un fin que persigue su agonía perdurable en la historia del desencanto. Jerusalén, uno de los sitios más codiciados de la historia, ciudad por la cual generaciones han combatido y emprendido guerras y cruzadas, perdura también como escenario del sacrificio. Hace unos meses murió Isaac Rabin, el dirigente israelí, ejecutado por un extremista fanático, de esos que han contribuido a crecer la gran tristeza de Judea. ¿No invita a la reflexión el hecho de que el último acto público de Nuestro Señor haya sido desaparecer? ¿que su ausencia —tal como la

del Mesías hebreo— formen parte de su pedagogía? ¿que la Tierra Santa sea agreste e inhóspita tal como el monacato primitivo pregonado por tantos cristianos? ¿Blasfema el que siente, como el de la voz, que la tierra está sembrada de lugares santos? Pero, una vez que hemos llegado, "¿no deberíamos siquiera —como dice Jörgensen— quitarnos los zapatos y entrar descalzos en Getsemani?", en lugar de salir a recorrer los santos lugares en *shorts* y camiseta, bermudas y *T. shirt*, *pants*, *fuseaux*, bombachos, guayabera en *jeans*? ¿Y si los apóstoles no fueron ni siquiera capaces de velar una hora: cómo sabremos nosotros guardar la compostura, abstenemos del condumio, la cafetina turca, la foto y el souvenir?

Allí está la gran iglesia que llaman

SEPULCRO: allí está sepultado aquel

Hombre al cual acuden todos los peregrinos.

*Libro de viajes de Benjamin de Tudela.*

A unos días de ejecutado Isaac Rabin, visito Israel, país golpeado por la tragedia de saber que, entre filas y filacterias, prospera, santo, el asesino. El crimen, como la muerte, tiene innumerables causas, cabalísticos motivos. Entre todos, me llama la atención la forma en que el asesinato pone en crisis la identidad laica judía en Israel. El hecho descubre los rollos de la santísima Ley destilando sangre, la diferencia democrática traduciendo en violencia contra el Estado. Otro dato estremece: se revela en un artículo publicado en la revista *Jerusalem Report*, con fecha 16 de noviembre de 1995 pero distribuida cinco días antes del atentado. El título del artículo premonitorio rezaba así: "A Yitzhak Rabin no le queda mucho tiempo de vida. Los ángeles han recibido órdenes concretas". Daba la explicación de estas afirmaciones recordando que un rabino de Jerusalén había leído frente a la casa del Primer Ministro el conjuro más severo de la mística judía: "El conjuro, dijo el rabino, surtiría efecto en un plazo de treinta días. Rabin debía morir los primeros días de noviembre. En efecto, fue asesinado en esa fecha. Yigal Amir, el asesino, no está solo." Al parecer, meses antes del crimen, los estudiantes preguntaban a sus maestros si estaba permitido, según la ley, matar a

Rabin como quien pregunta qué alimento está permitido comer en sábado. Salta a la vista que la muerte de Rabin es un golpe moral que hace perder equilibrio al Estado. El guerrero pelea todas las batallas, incluidas las de la paz, el abogado se consagra a la sobrevivencia de la ley, el soldado se quita el uniforme para caer como civil ejecutado por un joven estudiante ortodoxo. La víctima no es menos representativa que su asesino de los dilemas de una nación predestinada al desarraigo. El Israel de Rabin había decidido proseguir el proceso de paz y continuar concediendo autonomía democrática a ciertos pueblos y ciudades de mayoría árabe al tiempo que cedería algunos territorios ocupados y conquistados en 1967. Algunos, no, por supuesto no todos. Sí, en última instancia, el Altiplano del Golán (las célebres alturas que el inglés llama "Golan Heights") conquistadas en la fulminante Guerra de Seis Días, en una de las acciones militares más inteligentes y mejor calculadas de los tiempos modernos. El Altiplano del Golán que domina el Lago o Mar de Galilea y parte del Valle del Río Jordán fue ocupado por el ejército israelí, desde ahí los sirios podían hostigar y, en efecto, agredían a la población establecida a orillas del mar bíblico. Pero hay pocas probabilidades de que ese enclave en particular sea devuelto a los árabes, sobre todo si se atiende al razonamiento según el cual, una vez en las alturas, los sirios podrían exigir, en buena lid jurídica, la mitad del Lago... Ese enclave no, pero otros sí. Es cierto: la democratización interna que representan las autonomías palestinas en el seno de israelíes y la cesión de territorios no fueron comprendidos ni aceptados plenamente por todos los israelíes y, de hecho, el consenso parlamentario que llevó al respaldo de los acuerdos de Oslo I y Oslo II fue tan ajustado que sólo se obtuvo la mayoría por un voto. Con el asesinato de Rabin, queda manifiesta y, por así decir, se ritualiza la escisión interna de Israel, aunque el sacrificio tenga muy probablemente el efecto de precipitar a la mayoría apática y virtualmente simpatizante de los extremistas hacia el centro, si no termina polarizando el centro hacia la ortodoxia, como quiere la inercia. Nada parece indicar que la decisión democrática de Rabin y su partido siga su curso con el cambio de gobierno. La alternativa de Rabin sólo parecería vigente en el contexto de un Israel cada vez más desarrollado económicamente y ro-deado de países árabes subdesarrollados —al menos en términos políticos— donde la democracia no es precisamente el rasgo definitivo. La Guerra de la Paz propuesta por Rabin puede parecer una iniciativa imaginativa y llena de audacia; es, en realidad, una apuesta sensata a favor de la única opción posible en el Levante: desencadenar una explosión democrática en serie, hacer que prendan las instituciones políticas liberales en Medio Oriente a efecto de afirmar, en el seno de cada uno de los países árabes, un seguro político y parlamentario que eventualmente cohíba la agresión, impida

la guerra, la intemporal, la santa. Para Europa y los Estados Unidos, la cuestión de Israel y Medio Oriente resulta decisiva ya que, luego de la caída del muro de Berlín, el otro, el eventual enemigo en puertas es el mundo islámico que, en sus versiones fundamentales, no conoce por ejemplo la separación entre la Iglesia y del Estado... Cierto y muy cierto: los árabes no se encuentran tan desunidos a la distancia como parece. Pero ello no quita que Israel sea apenas como un dedo en la mano del Levante árabe. Ese índice representa una cuña occidental, un dique para las mareas migratorias árabes que, según algunos occidentales, desestabilizan y desfiguraron a una Europa incansablemente raptada.

La apuesta pacífica y democrática de Rabin y del Israel laico y progresista pudo ser descifrada como una variación política del caballo troyano, pues la Troya islámica y fundamentalista sólo sabría ser vencida desde el interior, a saber: con bombas de bienestar y minas de progreso, con explosiones de escepticismo sustentadas materialmente, capaces de cimbrar las murallas de la intransigencia religiosa y de dar sepultura a los fanáticos alimentados en la pobreza. A la Guerra Santa sólo sabría vencerla la guerra profana de la crítica ilustrada y del bienestar como índice de la democracia (E. Tierno Galván). A los árabes —recordémoslo— no los redujeron los cruzados sino Tiberio. Tal vez esto no lo ignoren del todo los hebreos que se arrodillan de admiración ante las ruinas romanas de Beisan, metrópolis arqueológica reconstruida a costa del Estado. Tal vez sea natural. Natural que los hebreos admiren en Roma la ciudad imperial responsable de la diáspora ya que, después de todo, gracias a los romanos, los judíos se salvaron de ser un pueblo semita más, se salvaron de la banalidad demasiado humana de ser una modesta ciudad soberana de un territorio para trocarse, sin territorio, en una cultura soberana. La cultura que quizá representa mejor en el mundo la soberanía de la cultura, la libertad de la crítica y del espíritu, el cosmopolitismo acendrado del que sólo sabe crecer en el sol del desierto, para decirlo con palabras de Claudio Guillén. Desde estas perspectivas, la apuesta de Rabin (conquistar territorio civil y democracia jugándose un poco de geografía) no suena descabellada, pero a la ocasión la pintan calva y lo que quiere el nómada nostálgico, (el extremista sediento de guerra en catástrofe) es cuero cabelludo. Si Oslo se ganó por un pelo, el vencedor en Medio Oriente será el que mejor sepa cortar en cuatro —y si es preciso en ocho— un cabello. En una palabra, el más ladino.

Visita a Tierra Santa de la mano de Johannes Jørgensen que escribió un libro llamado así. Es la relación de cuatro meses de viaje durante los cuales fue y vino por la antigua Galilea reconociendo los lugares registrados por los Evangelios: Jerusalén, el Huerto de los Olivos, el Santo Sepulcro, Nazaret, Belén, el Monte Tabor, Emmaús, el Mar de Galilea... Desde luego, entrelaza su na-

rración con las evangélicas y desgrana en sus páginas eruditas sabidurías bíblicas y piadosas noticias históricas pues la relación geográfica es también viaje en el tiempo. Me produce escorzo placentero en la piel mental leer *in situ* el libro de Jørgensen, pasar sus páginas desandando su camino arqueológico y evangélico, cotejar con ojos y pies sus descripciones cordiales. A pesar de sólo haber pernoctado en Israel durante este viaje unas cuantas noches, debo al biógrafo danés de Asis y de Santa Catalina de Siena el haber respirado a pulmón abierto el horizonte en una alianza de recogimiento y distensión. Reviví la memoria de los mexicanos e hispanoamericanos que han transitado por aquí: desde Enrique Gómez Carrillo, el príncipe modernista que escribió un caudaloso y brillante paseo por *Jerusalén y Tierra Santa* hasta José López Portillo y Rojas, el escritor decimonónico que dió pormenor de su viaje a *Egipto y Palestina*. Sin olvidar a Carlos Pellicer, ni la chiapaneca, Rosario Castellanos, reviví en la mente las aventuras de aquel joven homónimo mío que hace más de dos décadas anduvo iniciándose por aquí desde un tractor Caterpillar. Debo a Jørgensen haber sentido la Tierra Santa poblada de una presencia numinosa, distante y a la vez infinitamente acogedora, íntima, ineluctable, si remota preñada de gravedad nostálgica que me hacía sentir ya al entrar como si no hubiesen transcurrido más de veinte años desde mi estancia en Israel (en el kibbutz Hulda, cuna del novelista Amos Oz) cerca de Rehovot, como si hubiese vivido ahí años y ahora, al volver, todo fuese identidad o como si sólo hubiese estado ausente unos cuantos días. Caminé sin sentirme perdido —definitivamente lo estaba, aunque no lo advirtiera— por entre las calles empedradas y las callejuelas empinadas que suben y bajan y ofrecen su selva de baratijas y colaciones, souvenirs, artesanas, plata, cuero, piedras, cerámicas, tallas en madera, falsas antigüedades, camisetas con estampas alusivas, chilabas y demás. Extrañamente familiar aunque sean muy nuevos los edificios y casas de piedra amarilla o blanquísima que se construyen en la zona judía adyacente al Muro de los Lamentos. Familiar sobre todo cuando, así una sombra silueta, pasaba adherido a los muros de las estrechas callejuelas mil y un veces nocturnas. Familiar oyendo aquí y allá el cuchicheo español, la voz ladina, el suave romance amoriscado de los choznos sefardí o bien, al descender las oscuras escalinatas que conducen a la gruta basílica, al ortodoxo templo subterráneo donde se puede contemplar la piedra del sepulcro virgen de la Virgen María, que Ella apenas si tocó pues, Madre de Su Hijo, en cuanto expiró fue transportada a las alturas por impacientes ángeles. Familiar ante esta otra tumba vacía, habitual ahí en la cripta cavidad desierta de su sepulcro y de aquella Iglesia ortodoxa que lo alberga y que parece, con tantas lámparas votivas colgando del techo, un bazar cochambroso, otra tienda abarrotada de objetos en exhibición pero que en Pascua,

según cuenta Jørgensen, debe parecer una muy otra cosa —nada habitual—: cielo incendiado de tanta luz, celeste bóveda fulgurante y fosforescente, iluminada por la alegría de la Resurrección. Al sendas andar y desandar, al trillar aquellas callejuelas preguntándome inútilmente qué vestigios habrían quedado de la mirada del que ahí hace veinte años, qué intangible partícula de mi atención suspendida en el polvo, me daba cuenta de que si Jerusalén me era ahora habitual, la ciudad había dejado su huella y había ya repasado la impronta de sus oscuros pasajes abovedados una y otra vez a lo largo de los años con los dedos sensitivos de la memoria, y ese joven peregrino con barba y negro hábito podía ahora preguntarme, confiado, dónde estaba la Puerta de Damasco pues, en efecto, yo lo sabía sin duda, después de años, transitando en línea recta por la Vía Dolorosa hasta alcanzar la bifurcación o decirle a una de las mujeres del grupo en que me encontraba casualmente dónde vendían los cilindros de ámbar perfumado para hacer dijes exóticos. Habitual también porque muchos judíos son gringos, usamericanos, y México que está más cerca de Dios, también lo está del país de Lincoln y de Whitman, y a mí, como a cualquier mexicano no me resulta difícil advertir ese inquietante resplandor segundo del oro, el olor a limpio de la usura moderna ni reconocer al chacal, la entonación, la canina, ávida mirada del mercachifle que va desinflando sus precios con un ladrillo suplicante y a la postre mordaz, agresivo. Habitual pero extraño y prodigioso como ese pregón sincrónico del muecín hierosolomitano, pájaro fugitivo sobrevuela por la ciudad de minarete en minarete al par que cae el crepúsculo y una nube encarnada y luego amarilla y naranja y púrpura: matices de amatista, envuelve techos, cúpulas y almenas, murallas, capillas, la rota cintura de las torres, mezquitas, hospicios y bóvedas de Jerusalén haciendo pensar un instante que existe una invisible cadena entre la convocatoria pregonada y el movimiento del color en el cielo, que las piedras de la ciudad exhalan (Adon Olam, asker malach) una canción de letales letanías cada que la aurora consurge, cada que el sol zozobra.

Y mientras camino envuelto por la presencia de la ciudad —cuerpo impregnado por el humo de una idea—, me pregunto si en verdad creo o puedo creer, hasta dónde pueden alcanzar mis pasos el corazón de la fe, si alguna vez podremos o hemos podido elevar nuestro corazón hacia lo alto, *sursum corda*, si esa mezcla de reverencia y gratitud, de familiaridad y soltura con que me entrega el presente el pasado, si esa nostalgia innumerable puede llamarse fe. ¿Creo? ¿No creo que no creo? ¿Soy en verdad el escéptico? ¿Puede un poeta no tener fe en quien, como escribe José Ángel Valente, “levantó su morada en la palabra que no puede morir”? ¿Qué quiero decir cuando sostengo que Poncio Pilato es un santo, otro apóstol, el benéfico taumaturgo que renunció a la magia como propone Roger Caillois? ¿Y qué me lleva a

conjeturar que Pilato inventó, manipuló el cristianismo como una forma de destruir a los judíos? ¿Por qué no imaginar mejor que el cristianismo es un criptograma, una variedad heterodoxa del judaísmo cocinada por un colegio oculto de sabios cabalistas que muy pronto se percataron de que el judaísmo y su verdad finalmente así se extinguirían sin apelación si no eran renovados a través de un nuevo pacto, de una nueva alianza que permitiera a todos los hombres ser hijos de Israel, inventando un sanedrín virginal capaz de engendrarse a sí mismo, pero clandestinamente inspirado —¿no es cierto?— en el Imperio romano? Ando pensando que el Islam, la cristiandad y la ley ubicua de la sinagoga son, los tres, religiones cerradas, ciudades cautivas de fe y clausura, amuralladas, a la defensiva, aferradas al Libro, a la piedra de su fundación, al grimorio del Pentauteco milenario, al instante pétrero, petrificado que dió la revelación a sus profetas. El cristianismo —y casi diría el judaísmo, aunque le pese al buen Ernest Renan— han tenido un “segundo aire”, y Jerusalén no es una ciudad muerta, el cascarón caduco de un culto arqueológico o de un rito cuya vigencia no sobrepasa los límites del turismo. No es una ciudad muerta “la ciudad leprosa”, la melancólica ciudad varias veces milenaria cuyo miserable milagro supo reconocer el peregrino guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y hay, entre su rostro arrugado de ciudadela amurallada y su cuerpo moderno de ciudad suburbana y secular, puentes invisibles que pasan y no sólo por los Santos Lugares, puentes de oro, plata y platino, hilos telegráficos, fibras ópticas, telecomunicaciones militares.

Jerusalén no es sólo un mercado ni sólo un escenario austero para el impudor del sacrificio. Es, sí, el lugar al cual se enderezaron las cruzadas y, junto con Roma y Bizancio, la cuna simbólica desde la cual han salido las ciudades modernas, la sede sagrada de la triple Adoración Perpetua, el gran Arcano vertido en ciudad y piedra, una sola trinidad carismática en un cuerpo celeste urbano, el símbolo hecho letra: *Jerusalén-Theotokós*, la Madre de todas las metrópolis, el arquetipo urbano de la guerra santa contra lo rural y sus dioses ancestrales. La adoración simultánea del Santo Sepulcro, el Muro de los Lamentos y la Roca Mahometana fijan un triángulo, el triple imán de la ciudad.

Pero Israel, ¿quién lo dijera? es, en parte, país español o como deletrearía Germán Arciniegas, tierra de cultura ladina. Entre los judíos de raíz ibérica y americana, hispánica y lusitana y los hebreos e hijos de hebreos que, después de siglos de expulsados de la carpetovetónica Península, guardan en la memoria cantigas de amor y de cuna de los reinos de Portugal y España, el criollo y el mestizo pueden transitar dándose a entender ladina y paladinamente en un castellano medio arcaico y medio hechizo, chapurreado, híbrido de espectros y que provoca medievales escalofríos. Entre los varios millones de personas que componían la población de Israel a mediados

de los años noventa —según comentó Itzhak Navon, ex-presidente israelí— hay miles de hispanoparlantes y muchos que reconocen hablar ladino: judíos búlgaros, griegos, turcos, albanos, polacos, yugoeslavos. De esta última raza, por ejemplo, era el taxista que me llevó de Jerusalén al aeropuerto de Tel Aviv. El chofer, al igual que el ex-presidente, evocó emocionado la tradición de cantigas y canciones de cuna, cuentos y leyendas que hoy al parecer, mantienen viva personas como Matilda Serrano —*raconteur*, cuentera, *story-teller* profesional, otra amiga de los lobos, que sabe curar con historias las heridas del éxodo y del desarraigo, en la lengua del feroz anti-semitismo que los expulsó de España y sus ciudades: Córdoba, Toledo, Granada, Sevilla. “El ladino —continuó en mi memoria el expresidente Navón— es como una madre vieja que no debe morir” Recordó algunos dichos “*De la faxa a la mortaxa...*”; “*Fríete en aceite y no demandas de la gente...*”; “*Un padre puede sostener diez hijos, diez hijos no pueden sostener a un padre...*” Una memoria no exenta de lealtad en el seno mismo del Espanto como la de aquellas familias judías que marchaban hacia el Holocausto cantando en ladino:

Árboles lloran por lluvias  
y montañas por aires  
si ves ahí los anillos  
no son sino de mis ojos  
En tierras de Polonia  
yo voy a morir  
Si muero en tierras ajenas  
lejos de donde nací  
¿quien habrá dolor de mí?

Los cautivos ponían de Polonia donde originalmente decía: “Tierras ajenas”. Aunque Moisés, el taxista yugoeslavo, no se explayara tanto, no resultó menos elocuente al recordar que en los inmemoriales balcanes lo arrullaba su madre susurrando:

Duerme mi alma  
que tu padre viene

¿No es un paradójico, ladino alivio recordar que para muchos judíos europeos la lengua materna no fue el hebreo —lengua varonil y sacerdotal— sino castilla, el español, lengua de mujeres, lengua de los autores del destierro, lengua exterior al Templo y a la que el Dios de los Ejércitos prestaba la palabra del Éxodo?

JERUSALÉN-MÉXICO, NOVIEMBRE DE 1995-ENERO DE 1996.

<sup>1</sup> Confróntese una versión original en Margit Frank: *Antigua lírica popular hispánica*. “IV. Por Campos y mares” (921) p. 446. Madrid, Ed. Castalia. Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica. Segunda Edición, Madrid, 198.

## REQUIEM EN JERUSALÉN

Pátzcuaro en  
el Mar de Galilea  
La Merced en Jerusalén  
Ixmiquilpan el Mar Muerto

Dios construye las frases del paisaje  
con las mismas letras de peña y tierra  
Toda la creación tiene aire de familia  
(Pátzcuaro en el Mar de Galilea...)

Yehuda en Jerusalén  
Vallarta en Guadalajara  
saben a café express  
a mañana transparente

Bajo estos cielos  
prosperó David  
y Elías trajo los magueyes y los nopales  
de aquellas tierras de donde salió  
llamándose Quetzalcóatl

Otra bomba de tiempo  
la historia estalla en simetrías  
El halcón se transformó en paloma  
pero la paloma murió como halcón:  
Isaac Rabin (1922-1995)

Con cuarenta y nueve días de anticipación  
un colegio de rabinos lo sentenció:

“Y contra él Ytzakh, hijo de Rosa,  
conocido como Rabin, tenemos permiso  
para pedir a los Ángeles de la Destrucción  
que dirijan su espada:  
contra él, contra este hombre maligno  
por haber entregado la tierra de nuestros  
hijos a los enemigos de Israel.”  
Elegido entre los más brillantes alumnos  
de la Facultad de Derecho,  
el precoz ortodoxo llamado a ejecutarlo

estudiaba por las noches cibernética  
y sus inteligencia era exacta —una escuadra  
versátil —una navaja suiza

La Antigua ley se hunde en el descrédito  
Baja con cada nueva baja caída por la paz  
Una y mil noches de servicio militar para los  
[hombres

Sólo seiscientas para las mujeres  
Los jóvenes preferían morir  
a caer heridos por el Éxtasis  
No morir para arrullar al bebé  
con canciones de cuna en ladino:  
“Mi padre tenía un cabrito  
que compró por dos ochitos”  
Precoces soldados patrullan la ciudad  
examinando absortos escaparates  
Hoy no visitaré la Ciudad Santa  
No ciudades prohibidas  
ni lo que el Santo Sepulcro...  
No la Cruz ni la Roca de Abraham  
Sólo una mañana iluminada por el azul  
en la calle de Yehuda  
Aquí no llega el grito del muecín  
la sentencia fulminante del rabino  
la tempestad viscosa del sermón

Sólo me alcanzan conversadas brisas  
pausadas voces que saborean quietas  
el silencio hierosolomitano  
el rito sin rito  
el sacrificio imperceptible del tiempo  
en los altares olorosos del café

En Jerusalén: Coyoacán  
Jardines de Israel: Jardines de la Casa Borda  
Sacrificios de México y alegrías de Palestina  
Por un momento es de día  
la muerte se disuelve  
en el aire  
olvido su nombre. ♪